

1. Marco conceptual de la Ecología Social

Desde mediados del siglo XX, año a año, han aumentado las preocupaciones por los problemas ambientales. Especialmente desde los años 60, el redescubrimiento del ambiente, debido a los problemas de contaminación, extinciones de especies silvestres, etc., han dejado claramente al desnudo las estrechas relaciones del hombre con la naturaleza. Por un lado, las actividades humanas, como la agropecuaria, la industrialización o la urbanización, afectan a los ambientes naturales, reduciéndolos en su extensión y haciendo desaparecer especies silvestres de plantas y animales. Por otro lado, los ambientes naturales son el soporte de donde se extraen recursos indispensables para el hombre, algunos de los cuales corren hoy el riesgo de agotarse. Es así que de una manera u otra los problemas ambientales están afectando negativamente la calidad de vida de las poblaciones humanas.

Estos y otros círculos de interrelaciones ejemplifican cómo la dinámica social está estrechamente relacionada con la ambiental, desafiando la vieja distinción entre ciencias del hombre y de la naturaleza. Reconociendo esta estrecha vinculación ha emergido la ecología social. Esta recoge la rica tradición de las ciencias del ambiente, que desde hace más de un siglo se han preocupado por conocer la naturaleza. También recoge una rica tradición de las ciencias sociales comprometidas con el ser humano. Su postura recobra, desde una visión Latinoamericana de respeto por la diversidad, la búsqueda de un presente y futuro mejor.

Reproducción facsimilar de:

Gudynas, Eduardo y Graciela Evia, "La Praxis por la Vida - Introducción a las metodologías de la Ecología Social", 1991, CIPFE - CLAES - NORDAN, Montevideo.

¿Cuál sería entonces el papel de esta nueva ecología inserta en el problema de la relación del ser humano con el ambiente? El texto que sigue ilustra un punto de partida:

“Y entonces, la ecología aplicada al hombre enfrenta la labor de renovar una visión balanceada, mientras que ahora está centrada en el hombre, hasta la patología del aislamiento y el miedo. Esto implica que se debe encontrar lugar en “nuestro” mundo para todas las plantas y animales, aun para su alteridad y su oposición. Además implica la exploración y apertura a través de una frontera interna –una frontera del yo– y un entendimiento apreciativo del animal dentro de nosotros que nuestra herencia de Platonismo, morbilidad cristiana, dualidad y mecanicismo, ha repelido y repugnado por largo tiempo. Las viejas contracorrientes –relictos del mito pagano, la aplicación universal de la compasión cristiana, naturalismo filosófico, romanticismo de la naturaleza y panteísmo– han sido echadas a un lado, dejando solamente restos de un naufragio. Ahora nos encontramos a nosotros mismos en un ambiente que se deteriora alimentando agresividad y hostilidad hacia nosotros y nuestro mundo”.

Paul Shepard, 1969, Ecology and man - a viewpoint, pp. 2-3.

Es en el mismo ser humano donde está la potencialidad de un reencuentro con todo lo que le rodea. Hay viejas tradiciones que aluden a cómo avanzar en ese camino, qué tradiciones deben ser recuperadas para cimentar esta praxis. La ecología social latinoamericana es un intento, entre varios otros, por ese nuevo tipo de praxis a favor de toda la vida.

1.1. Antecedentes históricos de la ecología social

E. Haeckel definió en 1869 la ecología como el estudio de las relaciones entre un ser vivo y su entorno, tanto orgánico como inorgánico. Desde aquel inicio hasta nuestros días, la ecología se desarrolló sobre todo a partir de estudios de especies animales y vegetales. Los temas principales de investigación fueron el reconocimiento y análisis de los ambientes que ocupan esas especies, cómo se relacionan entre sí, enfatizando

interacciones tales como la depredación o la competencia, o atendiendo a cómo fluye la energía y la materia entre los seres vivos. La ecología quedó así atrapada en una fractura entre ciencias de la naturaleza y ciencias del hombre. La ecología tendió a quedar restringida al ámbito biológico y se dedicó a estudiar las relaciones de plantas y animales con su entorno, y las reglas que explican su abundancia y distribución. Varios pensadores, ya desde fines del siglo pasado, concibieron que tal perspectiva sería fructífera también para el estudio del hombre y se internaron en una ecología humana. Pero esta respuesta tan sólo fue parcial, ya que en los hechos se restringieron a ciertos problemas y temas, tales como la adaptación biológica a determinados entornos físicos, aspectos demográficos, o las consecuencias de la contaminación en el hombre (por ejemplo Ehrlich, 1985).

Una perspectiva que intentó ser diferente se desarrolló dentro de las ciencias sociales. Su ímpetu más vigoroso, provino de R. Park y su Escuela de Chicago (incluyendo a científicos tales como E. W. Búrgués y R. D. McKenzie). Sus estudios se enfocaron especialmente en ecología urbana, tratando de analizar cómo los grupos humanos se organizan en el espacio de una ciudad, el papel de la competencia, la articulación de componentes biológicos y culturales en las interacciones entre humanos y de éstos con su ambiente, etc. (Park, 1936). Representantes más recientes, como por ejemplo Amos Hawley (1986), han utilizado conceptos derivados de la ecología en un contexto sociológico. Sus últimas contribuciones se pueden ejemplificar con la “perspectiva de Michigan”, seguida por los alumnos de Hawley. Por ejemplo, Olsen (1991) define la ecología social como “la perspectiva teórica dentro de las ciencias sociales que explora cómo las condiciones ecológicas afectan la vida social organizada”. Estas corrientes consideraron a la ecología humana como parte de la sociología quedando así limitados por una aproximación parcial a estos problemas y que además se autorestringe a la teoría. A pesar de esto, sus aportes han sido muy importantes para la ecología social. Asimismo, en sus filas se realizaron estudios críticos de importancia, como el de M. A. Alihan, quien en 1938 ya se refería a una ecología social.

Desde los años 50, la antropología también recogió esta perspectiva ecológica. En efecto, Julian Steward, en su “ecología cultural”, y más adelante, la “antropología ecológica”, en especial la representada, por un lado por Marvin Harris. y por el otro por A. Rappaport y A. Vayda, prestaron especial atención a la articulación de la cultura con las condiciones ambientales. Esta corriente introdujo temas tales como el uso de

símbolos y el lenguaje en un contexto ecológico; los mecanismos sociales y grupales de relacionarse con el ambiente; y la consideración de éstos y otros procesos sociales como medios de adaptación al entorno (Rappaport, 1975).

Otro aporte importante a la ecología social proviene de las diversas corrientes de la “psicología ambiental” o “psicología ecológica”, desde los estudios pioneros de R. Baker y H. Wright en los años 50. Estos enfatizaron el análisis de los comportamientos en los contextos ambientales, y en cómo éstos influyen en el comportamiento (Proshansky y colab., 1978). Asimismo debe mencionarse el aporte de E.T. Hall, en su originalidad de la consideración de los aspectos culturales del uso del espacio.

Una aproximación ecológica también se ha desarrollado en otras disciplinas, especialmente economía y geografía, permitiendo recuperar aportes de interés para la ecología social. En economía, la dimensión ambiental se ha introducido limitadamente, especialmente en análisis de temas específicos, como externalidades, disponibilidad de recursos naturales como materias primas, o evaluación de impactos ambientales, etc. (un ejemplo representativo es Pearce, 1985). Una excepción, por su vigor conceptual, han sido los aportes de Kenneth Boulding. Otro tanto sucede en la geografía, donde se ha acogido una perspectiva ecológica en varias de sus aproximaciones, introduciéndose conceptos tales como ecosistema, comunidad, etc.

Finalmente, debe mencionarse una amplia corriente de pensamiento que desde las ciencias humanas, implícita o explícitamente, ha tratado el tema de las interacciones del ser humano con el ambiente, y su vinculación a las relaciones que mantienen los seres humanos entre sí. H. Marcuse y M. Heidegger realizaron aportes pioneros de importancia, donde se insinúa claramente un revalorización de estas relaciones, el papel de la técnica, etc. Así, desde la filosofía se está desarrollando una vigorosa línea de pensamiento que mucho aporta a la ecología social, destacándose las contribuciones de Murray Bookchin, Edgar Morin, Arne Naess y Holmes Rolston III. De la misma manera, una reflexión más vinculada a la acción ciudadana, las políticas de Estado, etc., se ejemplifica con posturas como las de Paul Ehrlich o Barry Commoner.

Desde esta última corriente, M. Bookchin concibe a la ecología social como una disciplina que permite estudiar los problemas creados por las crisis sociales y ambientales, donde se da igual valor a la crítica, a la construcción, a la teoría y a la práctica. El término enfatiza que no se puede separar la sociedad de la naturaleza como se separa

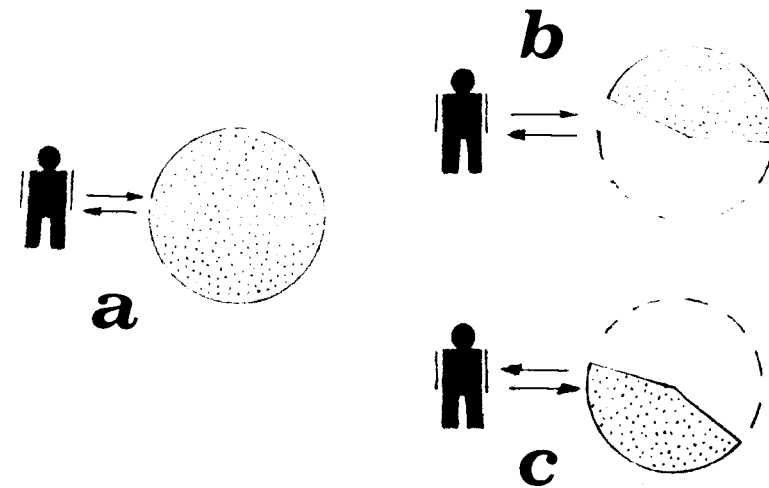


Figura 1.1. Diferentes perspectivas de estudio de las relaciones humano-ambientales. Aunque el hombre interactúa con un ambiente que es integral (a) las corrientes actuales expresan posturas incompletas y fracturadas: las ciencias del hombre han enfatizado las relaciones con los componentes ambientales sociales (b), y las naturales, con plantas, animales y el medio físico (c).

la mente del cuerpo (Bookchin, 1986). De la misma manera, ese reconocimiento de la naturaleza, exige reconocer en ella valores, tal cual lo postulan pensadores como A. Naess (1973), en su corriente de “ecología profunda”. Si bien es cierto que Bookchin se encuentra en una intensa polémica con los “ecólogos profundos”, esa es una discusión doméstica del hemisferio Norte, y no hace a los problemas latinoamericanos, donde parece posible una síntesis fructífera entre las dos tendencias.

Puede resumirse que la situación que se observa es de unas ciencias del hombre, que se han restringido a los patrones y procesos entre humanos (y en algunos casos, con el ambiente construido); y las naturales que han enfatizado los patrones y procesos entre los demás seres vivos (plantas, animales, microorganismos) y lo inerte. La ecología social busca superar esa fractura recogiendo aportes de todas las corrientes que mencionamos arriba. La ecología social recuerda, por un lado a los ecólogos, que existe un componente social; y por el otro, a los sociólogos, antropólogos, etc., que existen componentes no-humanos (Fig. 1.1).

En efecto, todas estas contribuciones deben ser creativamente reconsideradas desde una perspectiva latinoamericana. Esta visión latinoamericana ya se insinúa en algunas de las discusiones que rodearon a la Conferencia de Estocolmo de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano de 1972; en la hoy famosa frase de Josué de Castro, de que la pobreza es el mayor problema ambiental de la región; o en contribuciones de ecólogos comprometidos, como es el caso de S. Olivier. También deben mencionarse contribuciones como las de Rodolfo Kusch (como por ejemplo su libro de 1976), donde se concibe a la cultura como un proceso dinámico, una acción, inserta en un hábitat latinoamericano, que remite a los valores tradicionales y la cotidianidad de los sectores populares. Pero también ha sido la emergencia de un movimiento social ciudadano con una preocupación ambientalista el que mayor soporte ha dado a estas preocupaciones.

1.2. Las relaciones humano-ambientales

Varios autores sostienen que la postura de dominación sobre la naturaleza siempre estuvo asociada a la dominación del hombre por el hombre. Tan sólo es motivo de discusión cuál fue la que primero se manifestó. De esto se explica el interés por el problema de las jerarquías, y la búsqueda por una reconciliación, no sólo entre los hombres, sino de éstos con el ambiente.

La perspectiva ecológica actual no contradice estas afirmaciones, sino que las apoya. El hombre no surgió en la Tierra de la noche a la mañana, sino que es el resultado de un lento proceso evolutivo. Así, las interacciones humano-ambientales tienen una larga historia, donde los humanos debían comprender el entorno que los rodeaba. La vida diaria exigía reconocer allí los alimentos, los depredadores, los refugios, etc., pero también obligaba a la vida comunitaria, y a comunicarle a otros estos hallazgos.

No puede oponerse una estirpe biológica a una cultural en el hombre. En nuestra especie se expresan también relaciones como la depredación o la cooperación, análogas a las que son observadas en otros animales, lo que demuestra que existe un importante componente evolutivo en el ser humano. Las complejas relaciones ecológicas de nuestros antepasados fueron exitosas en tanto en ellas también participaron mecanismos de aprendizaje, los que aún hoy operan. Por esto la cultura se ha insertado en un proceso evolutivo que tiene una raíz biológica.

En esta complementación entre lo biológico y lo cultural han emergido los significados simbólicos que los humanos otorgan a los diferentes elementos del ambiente que les rodea; en cómo aprovechar los recursos que el ambiente brinda; y finalmente, en cómo mantener así una vida de relación. Por ello, la cultura es hoy uno de nuestros grandes tesoros y aunque en ella pueden estar las raíces de nuestros males, también allí estarán las semillas del cambio.

Hay quienes olvidan esto, y desde tiendas ambientalistas sostienen que debemos retroceder a una sociedad agro-pastoril porque en ella se da una armoniosa, equilibrada y feliz interrelación con la naturaleza. Así, entre algunos ambientalistas, especialmente aquellos que vienen de las ciudades, se tiende a generar una imagen mítica, del hombre volviendo a una naturaleza silvestre, y re-encontrando allí un paraíso que perdió.

Es necesario examinar críticamente esa postura, y es imprescindible compararla con aquella que viven los campesinos o indígenas insertos en la naturaleza. Es cierto que esas tradiciones encuentran el sentido a sus vidas en esas condiciones. Pero la naturaleza siempre es exigente, impone pruebas, restricciones: la lluvia, el viento, el calor, el suelo, todos los elementos del ecosistema conllevan exigencias de adaptación a quienes obtienen cotidianamente los recursos en ella. Y estas exigencias pueden ser muy duras. No es válida la imagen del turista que, ocasionalmente, y por cortos períodos, se entretiene en un parque o al pie de una montaña, gozando del paisaje, pero sabiendo que tiene sus alimentos y el agua asegurada, dentro de un estuche de plástico, y que una carpa, también de plástico, le protegerá de la lluvia por la noche.

El desafío está entonces en cómo, la abrumadora mayoría de nuestras sociedades, especialmente aquellos que residen en las ciudades, pueden re-encontrarse con la naturaleza, respetándola, rescatando todo lo positivo que tenga la actual cultura, pero proyectando su relación con ella, hacia el futuro, bajo un nuevo sentido.

Un paso indispensable para esto es reflexionar sobre la situación actual. Hoy, en nuestra cultura prevalece la dominación de la naturaleza. Esta está anclada en una ideología que todo lo une. La naturaleza es concebida como ilimitada proveedora de recursos, siempre al servicio del hombre, sin derechos propios. La dominación se ha extendido a ser dominación en sí misma, no sólo sobre la naturaleza, sino también sobre los hombres. Ella se mantiene vigente gracias a una cultura, una técnica, una ciencia, y una

política, que la legitiman. Existe una fe ciega en una ciencia y tecnología, postulándose que los problemas ambientales exigen únicamente soluciones técnicas. Ante esta situación reacciona la ecología social, y contrapone una utopía a esta ideología antropocéntrica y dominadora. Hay semillas de cambio en nuestra propia cultura occidental, y en el aporte relevante de las culturas indígenas latinoamericanas. En aquellos elementos convergentes entre todas estas tradiciones, y tal como lo ilustra la cita de Shepard de este capítulo, es posible la construcción de una utopía.

La utopía a la que se apunta es la del re-encuentro del ser humano con la naturaleza, y de los humanos entre sí. Es una utopía que desenmascara la ideología actual, muestra sus límites, y la pone en tensión, apuntando a un futuro posible. Es una utopía movilizadora. La ecología social es uno de los caminos hacia esa utopía.

1.3. El concepto de ecología social

La ecología social es el estudio de los sistemas humanos en interacción con sus sistemas ambientales.

En esta definición, tanto los dos sistemas, como su interacción, tienen la misma importancia. Por sistema humano nos referimos a la persona, o a un conjunto de individuos, desde el grupo hasta la nación o conjunto de naciones. La perspectiva de la ecología social parte del ser humano, y en particular atendiendo a sus peculiaridades colectivas. La delimitación del ambiente se hace desde el sistema humano. El sistema ambiental es concebido como todo aquello que interactúa con el sistema humano. En el sistema ambiental corrientemente se distinguen tres sub-sistemas: humano, construido y natural. El componente humano se refiere a los demás hombres que no son parte del sistema humano inicialmente reconocido. De igual manera, el construido engloba casas, calles, ciudades o áreas cultivadas, que son paisajes modificados o realizados por el ser humano. Finalmente, el natural incluye a los bosques y ríos, montañas y praderas, y la fauna y flora que albergan. De hecho, las ciencias contemporáneas son perspectivas científicas que se han restringido a estudiar las interacciones del hombre con uno de estos subsistemas ambientales, olvidando los otros.

A partir de estos conceptos es posible presentar una serie de postulados centrales básicos, para delimitar a la ecología social, desde una perspectiva latinoamericana:

- a) El hombre interactúa intensa y continuamente con el ambiente. Ni uno ni otro se pueden estudiar aisladamente, en tanto mutuamente se determinan aspectos de su estructura y funcionamiento.
- b) La interacción entre los sistemas humano y ambiental es dinámica y se desarrolla en el tiempo y en el espacio.
- c) La delimitación del ambiente es contingente a como se define el sistema humano.
- d) El ambiente es complejo y heterogéneo en el tiempo y en el espacio.

Estos axiomas apuntan a dejar en claro que el hombre y el ambiente interactúan estrechamente. Si se encara el estudio aislado de uno u otro se cae en posturas fracturadas. Los elementos claves que hacen a la ecología social no están solamente en decir que el hombre interactúa con el ambiente, sino también en cómo se conciben y delimitan esos dos términos. Se apunta a un hombre inserto en el ambiente, interactuando estrechamente con todo lo que le rodea. El segundo axioma sostiene que tanto el sistema humano como el ambiental, y la relación que se da entre ellos, tienen una historia. En efecto, hay una historia de los hombres, otra del ambiente, y una de las interacciones entre ellos. Esta historia no puede ser estudiada separadamente y constituye un proceso unitario.

El tercer axioma deja en claro que la delimitación y reconocimiento del ambiente se hace desde una persona o un grupo de personas (el sistema humano). Por ello, la delimitación de ese ambiente depende siempre de cómo se definió previamente el sistema humano. No es el mismo el ambiente de un campesino que el de los habitantes de una villa miseria. Frente a estos sistemas ambientales, cada hombre, de acuerdo a su cultura, su biografía y a los elementos ambientales que enfrenta, adjudica significados. Es el hombre quien atribuye contenidos al ambiente ya que continuamente lo interpreta (Fig. 1.2). Esta es una de las razones por las cuales el ambiente siempre resulta complejo y heterogéneo.

Este ambiente es unitario y no reducido a lo “humano” o a lo “natural”. Basta pensar en el campesino, para quien su familia como sus plantas, son una parte importantísima de su entorno; o en los Junta-papeles de las ciudades, para quien el caballo cobra una elevada importancia (Fig. 1.2). El haber considerado separadamente y aislados lo natural de lo social parece ser el resultado de un accidente histórico y de una carencia

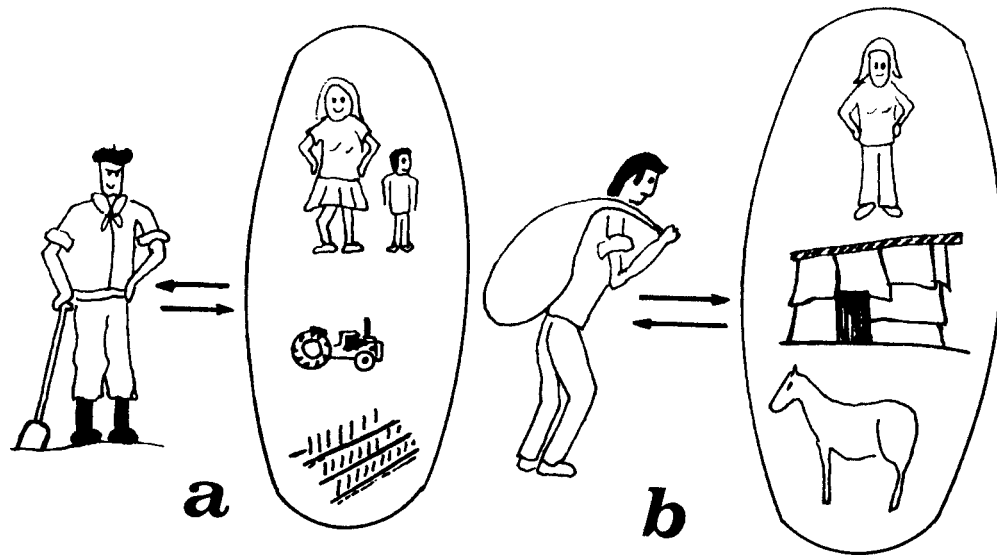


Figura 1.2. Cada hombre, en su vida cotidiana, percibe e influye distintos componentes, a los que otorga diversos valores. La realidad se construye así, dependiendo por un lado, de cada individuo, y por el otro, de los diferentes ambientes.

metodológica que no puede continuar. Todos estos puntos se explicarán en mayor detalle en los capítulos que siguen.

La ecología social, tal cual es concebida en esta obra, puede caracterizarse por tres dimensiones. Primero, es una tarea de investigación científica; segundo, esta tarea incluye en un todo a una acción y promoción; y finalmente, tanto la investigación como la práctica, se realizan desde una postura ética de respeto a toda la vida (Cuadro 1.1).

1.4. La delimitación de la ecología social

Consideraremos ahora cómo se distingue la ecología social de otras disciplinas. Por un lado, esta puede distinguirse en tanto se la encara desde una particular delimitación de su objeto de estudio. Por otro lado, también se la puede distinguir por representar un tipo particular de emprendimiento científico que se hace desde un compromiso ético. Se considerará aquí el primer aspecto, mientras que el segundo se comentará más adelante.

Cuadro 1.1. Las dimensiones básicas de la praxis de la ecología social.

INVESTIGACIÓN
ACCIÓN - PROMOCIÓN
COMPROMISO ETICO

La ecología social es distinta de la ecología animal o la ecología vegetal. En efecto, tanto una como la otra, parten de un sistema de estudio distinto: animales o vegetales. Sus objetivos serán entonces las relaciones de éstos con sus ambientes. De la misma manera se diferencia de la ecología trófica (que enfatiza la consideración de los flujos de energía y materia entre plantas, animales y el entorno físico), o la ecología comunitaria (que enfatiza la consideración de las comunidades de varias especies de plantas o animales) (Fig. 1.3).

La ecología social se distingue entonces de aquellas porque, desde una inicio, su objetivo se orienta al hombre, aunque las plantas y animales, y las relaciones que éstos establecen, se integren al sistema ambiental con que interacciona cualquier individuo.

Debe ahora diferenciarse la ecología social de otras disciplinas que también han centrado su atención en el hombre. La distinción con las vertientes tradicionales de las ciencias humanas radica en cómo se delimita el ambiente. Estas, en tanto sólo enfatizan relaciones que se dan entre humanos, olvidan o consideran someramente a los componentes ambientales construidos y naturales. La ecología social por el contrario toma en cuenta esos elementos.

Dentro de las ciencias humanas hay algunas vertientes más recientes que sí consideran la vinculación humano-ambiental. Analizar detalladamente esas posturas escapa al motivo de este capítulo, pero es necesario precisar algunos puntos destacados, en tanto esas posturas contribuyen al cuerpo presente de la ecología social. Dos corrientes deben ser consideradas: la ecología humana, y la antropología ecológica.

La ecología humana, desde sus inicios en la Escuela de Chicago, como se apuntó más arriba, ha enfatizado la consideración de las relaciones del hombre con los componen-

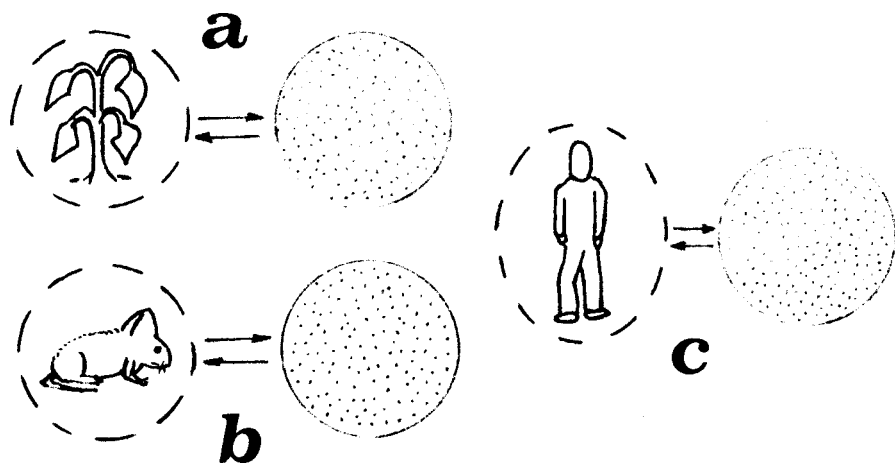


Figura 1.3. La delimitación de la ecología social. Mientras que la ecología vegetal (a) y la animal (b) estudian las relaciones de plantas y animales con el ambiente, la ecología social (c) estudia los sistemas humanos en interacción con los sistemas ambientales.

tes construidos y el papel de la competencia, reconociendo limitadamente a los componentes naturales, y excluyendo de su objetivo diversos procesos sociales (los que constituían el objeto de otras ramas de las ciencias sociales).

La antropología ecológica, desde los aportes de J. Steward que la consideraban como la interacción entre la cultura y el ambiente, presenta el problema de mezclar dos categorías de diferente cualidad (ambiente y cultura). Además, aunque se reconoce que el portador de la cultura es el hombre, y que la cultura permanece más allá de la vida de un individuo, será siempre el ser humano quien interacciona con el ambiente. Llevados por ese tipo de aproximaciones, la antropología ecológica ha enfatizado el estudio de cierto tipo de procesos (demográficos, alimentarios, etc.) olvidando otros.

En líneas generales, desde las ciencias sociales, la ecología aplicada al hombre ha estado siempre atrapada en polémicas relativas a su ingreso (o no) al campo de los estudios sociales, y en las aproximaciones parcializadas y sectorizadas en el estudio de la relación humano-ambiental.

Debe reconocerse que un proceso análogo se ha vivido en las ciencias ambientales. Así, los ecólogos, que desde una formación biológica se han interesado por el estudio huma-

no, han excluido diversos problemas sociales, enfatizando diversos aspectos biomédicos, muchos ligados a la contaminación, así como en el crecimiento poblacional o, desde una aproximación unidireccional, estudiando las consecuencias de las actividades humanas sobre los ecosistemas. Un ejemplo de esto son los trabajos de P. Ehrlich.

La ecología social no se delimita en contra de estas disciplinas, sino que por el contrario, toma elementos de todas ellas. En efecto, en la ecología social se encontrarán muchos de los mismos “ladrillos” que en otras corrientes, pero el “edificio” es otro.

1.5. Métodos, ética y aplicación del conocimiento

A partir de los axiomas centrales de la ecología social se pueden derivar una serie de axiomas auxiliares, que se refieren a la metodología, la ética y la aplicación del conocimiento, que se presentan en el Cuadro 1.2. (Gudynas, 1988c). Estos axiomas auxiliares son los primeros que han resultado de la expansión de la ecología social, un proceso abierto, que apenas ha comenzado.

Cuadro 1.2. Axiomas auxiliares de la ecología social sobre los métodos, ética y aplicación del conocimiento.

Axiomas metodológicos: a) No pueden estudiarse aisladamente los sistemas ambientales de los sistemas humanos, de donde no debería existir una ciencia social distinta de una ciencia ecológica, b) Consecuentemente, no existe una práctica social que sea diferente de una práctica ambiental. El trabajo ambiental es a la vez un trabajo social, c) Se debe recuperar la dinámica de los procesos, lo que exige poner énfasis en las historias tanto de los seres humanos como las de los ambientes, d) En tanto cualquier persona o grupo alcanza Interacciones particulares con su ambiente, el estudio de esas relaciones necesariamente debe hacerse con la participación de las personas involucradas.

Axiomas éticos: a) Se reconocen valores Intrínsecos en los demás seres vivos y en lo no-vivo, b) Se deben respetar las formas en las que cualquier persona conoce y siente el ambiente con el que interacciona. c) Los resultados de la Investigación son éticamente neutros, pero no en sus puntos de partida, el proceso de la investigación o el uso de esos resultados.

Axiomas sobre la aplicación del conocimiento: a) La tecnología debe ser a escala humana, promoviendo el desarrollo humano y acorde con la dimensión y objetivo del problema que se enfrenta, b) debe ser además social y ecológicamente sustentable y equitativa, reconociendo valores en el entorno.

En consonancia con sus postulados centrales, la metodología de la ecología social, reconoce que el ambiente, como sistema heterogéneo, se convierte en asiento de significados simbólicos muy diversos. Cada ser humano, enfrentado a ese ambiente decide a qué elementos les adjudica contenidos simbólicos y a cuáles no, el contenido de éstos, y su valor relativo. No existe “una realidad” verdadera, única, absolutamente abarcable, sino que ésta depende tanto de los hombres como de los ambientes. Así, las relaciones humano-ambientales serán distintas entre diferentes personas y ambientes. La ecología social busca desentrañar estos procesos, y hacerlo desde una praxis éticamente comprometida. Esta praxis se hace desde una postura ética explícita a favor de todas las formas de vida.

Recordando que la ecología social se desarrolla en tres dimensiones (investigación, acción-promoción y compromiso ético) se abre el camino para una nueva praxis, que incluye tanto la acción como la reflexión. Cuando esta praxis se hace desde la inserción con un grupo humano, el método básico es el proceso interactivo. En cambio, cuando la praxis se orienta a la divulgación, difusión o formación de grupos humanos, se siguen, en parte, otros caminos. En esta obra dedicaremos un espacio significativo al proceso interactivo.

El proceso interactivo es un método que permite compartir un conjunto de diferentes conocimientos relativos a las interacciones con el ambiente. Es posible apuntar a lo esencial del método con la siguiente analogía: en tanto cada persona o grupo humano tiene “una visión” del ambiente, el compartir estas “visiones” permite un conocimiento más acabado del ambiente. Es evidente que el método parte de reconocer que cada individuo tiene un conocimiento válido de su ambiente. A diferencia de otras perspectivas, donde solamente el técnico caracteriza y describe el ambiente con que interacciona el hombre, en la ecología social se le “pregunta” a ese hombre cómo “ve” ese ambiente. Ciertamente, también se reconoce que el conocimiento del técnico es válido, y debe ser aprovechado. El trabajo interactivo con la gente permite un redescubrimiento compartido y participativo del ambiente, y de cómo se interacciona con éste (Fig. 1.4).

La praxis de la ecología social descansa en una participación profunda y reflexiva. La reflexión obliga a reconocer que siempre existe un interjuego de poderes y por lo tanto de jerarquías, y a esto nadie escapa. Por ello la búsqueda de una verdadera participación en todas estas tareas, desde la investigación hasta la acción, es el desafío de la ecología social. Por esto, la ecología social es también una herramienta para la búsqueda de nuevas relaciones entre los hombres y de éstos con el ambiente.

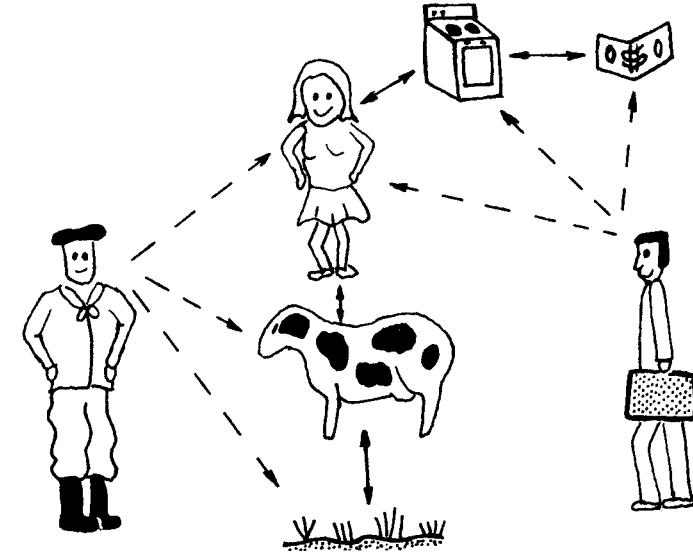


Figura 1.4. Las diferentes ‘Visiones’ del ambiente de un campesino y un sociólogo. Mientras que el campesino construye el ambiente enfatizando aquellas interacciones con determinados elementos cotidianos, el sociólogo enfatizará otros. Cualquiera de los dos sólo toman en cuenta algunos elementos, de donde la confluencia “interactiva” entre ellos enriquecerá a ambas partes.

1.6. Los desafíos de la ecología social en América Latina

América Latina alberga la más rica fauna y flora del planeta. En ella viven alrededor de dos tercios de las especies de plantas del globo, varios millones de especies de insectos, y centenares de especies de otros grupos. Países como Brasil, Colombia, México, Perú, Ecuador y Venezuela, están entre los que tienen las más altas diversidades en especies del planeta.

Es bien conocida la variedad de sus paisajes: desde los desiertos y estepas, pasando por praderas, cadenas montañosas como los Andes, a las extensas selvas tropicales, como la Amazonia. Todos estos ambientes ofrecen variados refugios y habitats para esta diversa vida silvestre.

Sin embargo, ya desde la época de la conquista europea estos ambientes comenzaron a sufrir por la masiva extracción de recursos naturales. Por lo tanto, esta explotación tiene una larga historia. Hoy la situación es más grave y más evidente.

Actualmente existe coincidencia que los ambientes naturales de América Latina corren peligro. El ritmo de deforestación de sus bosques es acelerado, no sólo en las selvas tropicales, sino también en los bosques templados y fríos; la erosión ha aumentado en muchas regiones y se evidencian graves problemas en el manejo de suelos; diversas formas de contaminación son evidentes en muchos sitios y bajo variadas formas; y una aceleradísima expansión urbana está determinando que ostentemos las más grandes metrópolis del planeta, con conocidos problemas de pobreza, hacinamiento y contaminación.

A pesar de la gravedad de estos problemas, el conocimiento que sobre ellos se tiene, es limitado. Es igualmente muy limitado el conocimiento disponible sobre los ecosistemas naturales latinoamericanos. Existen controversias en puntos tan básicos, como por ejemplo, cuál es la real extensión de la selva Amazónica, su nivel de deforestación, y las consecuencias de esto. Los expertos sólo concuerdan en que el ritmo de extinciones en Latinoamérica, entre 1980 al año 2000 será muy alto, pero sus estimaciones van de 30.000 a 500.000 especies. Y la mayoría de las que desaparecerán serán pequeños insectos, los que nunca serán conocidos.

Razones de este tipo hacen necesario que la ecología social reconozca el aporte de la ecología biológica como imprescindible. La ecología social puede despertar en los biólogos un compromiso ético por una nueva ciencia al servicio de la vida, y no meramente al servicio de los centros académicos. Debe tenerse muy presente que este aporte científico no necesariamente coincide con el que promueven los centros universitarios y académicos del hemisferio Norte. Hoy por hoy, hay más necesidad de inventarios y guías de fauna y flora, que de complejas simulaciones matemáticas sobre ecosistemas de los que aún conocemos poco.

La ecología social reconoce que un aporte científico comprometido es extremadamente importante. En el manejo o preservación de áreas naturales, la detención de la erosión, o el control de la contaminación, no se puede improvisar, y un aporte científico comprometido es imprescindible. A diferencia de los ecosistemas de Europa o Norte América, los de Latinoamérica son muy mal conocidos. Esto exige una intensa tarea de investigación, que brinde un conocimiento básico. De alguna manera, muchos movimientos ambientalistas desencantados con las ciencias ecológicas se han distanciado de ellas. Pero esta situación, particularmente en Latinoamérica, tiene un gran riesgo. Nos enfrentamos a ambientes heterogéneos, complicados, con una altísima diversidad

en especies de animales y plantas y a veces se ha caído en la trampa de soluciones intuitivas, espontáneas, que han llevado a fracasos y desmoralizaciones. Cualquier práctica en Latinoamérica exige de un mejor conocimiento científico de los ambientes autóctonos. La clave está en re-crear una nueva ciencia al servicio de toda la vida.

La ecología social también reconoce la importancia del aporte de las ciencias humanas en temas tales como el rescate de la diversidad cultural, de las relaciones de los seres humanos insertos en el ambiente, y la dimensión social de los problemas ambientales. Tanto en la vertiente de las ciencias humanas como en las biológicas, este esfuerzo de investigación estará dirigido a una práctica transformadora que se hace desde un compromiso ético, desechando la neutralidad de las ciencias, y apostando a la búsqueda de nuevas relaciones con la naturaleza y los hombres.

La praxis de un científico, un ecólogo social en particular, no tiene por qué ser un instrumento para reproducir sistemas de relaciones de dominación. Se debe buscar una ciencia calificada promueva la liberación. Un ejemplo del acompañamiento de una técnica al servicio de la gente, a escala local, socialmente apropiada, y sobre todo, endógenamente generada y respetuosa de la naturaleza, la han dado algunos centros de tecnologías alternativas.

De la misma manera, la ecología social también reconoce un aporte desde los movimientos ciudadanos. Las asociaciones de tipo ambientalista, conservacionista, ecologista, indigenista, etc., ejemplifican la preocupación por los problemas ambientales y la necesidad de encontrarles solución. Si bien estos movimientos ciudadanos son heterogéneos, todos ellos comparten una preocupación ecológica y social básica. En este movimiento encontraron un lecho adecuado los primeros científicos preocupados por las dimensiones sociales de los problemas ambientales. Asimismo, en estos grupos hoy se encuentran las semillas de cambio más prometedoras.

La dramática situación de los ecosistemas naturales también está asociada a graves problemas sociales. De los 435,5 millones de habitantes de América Latina, más de 183 millones viven en condiciones de pobreza, y de ellos, casi la mitad son indigentes. La masiva explotación de los recursos naturales que se ha realizado en la región no ha servido para aliviar la situación de estos amplios sectores. La pobreza en la región se mantiene: 700.000 niños latinoamericanos mueren en su primer año de vida; de los que sobreviven, el 15% deserta de la escuela primaria; y finalmente, en su juventud, el 44%

no consigue empleo o está subempleado. El sostener que la pobreza es un problema ambiental del primer orden, no quiere significar que los pobres sean el problema. Por el contrario, se reconoce en ellos a quienes sufren el deterioro socio-ambiental.

Esta situación exige una nueva estrategia de desarrollo que, mientras evite una completa destrucción o agotamiento de los recursos naturales, sirva también a mejorar las condiciones de vida de los latinoamericanos. En esta esfera también están llamados a actuar los ecólogos sociales.

Así, la ecología social surge como una alternativa a los actuales programas de conservación o manejo de recursos naturales, que pueden catalogarse de “administración ambiental” y que consideran a la naturaleza al servicio del hombre y se contentan con acompañar los máximos aprovechamientos con la minimización del impacto ambiental. De esta manera se evade el cuestionamiento de los procesos de fondo, en temas tales como los tipos de tecnologías necesarias, el acceso desigual de los hombres a los recursos naturales, y la extracción y acumulación de esos recursos por unos pocos, etc. La ecología social exige el reconocimiento de las dimensiones sociales del manejo de esos recursos, no sólo en cómo son afectadas las personas, sino también por una valorización de sus conocimientos.

En ese sentido, la ecología social intenta re-descubrir cómo se da la interacción con el ambiente, cómo y qué valores son adjudicados en el encuentro cotidiano con lo que nos rodea.

Se ha minimizado el saber de las poblaciones nativas, las que poseen conocimientos complejos y ricos sobre sus ambientes, análogos a los que puede adquirir un técnico. La ecología social está también preocupada por esta diversidad cultural. El regreso a las raíces del saber popular reivindica un conocimiento del ambiente como unidad, reconociendo las estrechas relaciones que con él mantienen los sectores populares. Esto exige posturas de respeto para aceptar y comprender que las diferentes estructuraciones del ambiente, y los símbolos y valores adjudicados, dependen de las personas involucradas.

Por lo tanto, el ecólogo social no tiene por objetivo “extraer” conocimientos de los campesinos, indígenas o cualquier habitante de una ciudad, como tampoco será un mediador para convertir a todos en “nuevos indígenas” re-integrados a la naturaleza. El

ecólogo social contribuye a un esfuerzo, que es colectivo, en tanto participan muchos otros, y que busca desde la sociedad latinoamericana, reconociendo sus complejas raíces históricas, aprehender la diversidad de la Naturaleza y la cultura, proyectándose al futuro. Es un esfuerzo que, aprendiendo de los errores y aciertos, avanza.

Esta es una actividad de diálogo, no sólo con los otros hombres, sino con el ambiente. Como sostiene B. Devall (común, pers.), debemos preguntarnos que diría la naturaleza de nuestras actuales actitudes: estrechas, extractivas, destructoras. ¿Qué dirían de ellas las montañas y los árboles? El desafío por supuesto no está en enseñar a hablar a las montañas y los árboles, sino en escucharlos.

En el encuentro con las demás personas y con el ambiente está la simiente de la transformación de estas relaciones, por otras más justas, más solidarias, más respetuosas de la vida.

Lecturas sugeridas

El análisis del concepto de ecología social, en referencia a otros autores, y desde una perspectiva Latinoamericana, se presenta en el artículo de E. Gudynas (1988c), “Ensayo de conceptualización de la ecología social: una visión Latinoamericana”, en los Cuadernos Latinoamericanos de Ecología Social.

Una introducción clásica a los problemas sociales y ambientales de América Latina es la de Santiago Olivier (1981), en su “Ecología y Subdesarrollo en América Latina”.